

IMÁGENES DEL ESPEJO FRÍO

Desde que era pequeña tenía esa fobia por los espejos. Cuando mi madre me peinaba cerraba los ojos porque no quería ver a esa niña que me miraba con esos ojos de un celeste casi blanco y una piel que parecía transparente. Mamá creía que los cerraba porque me tiraba al peinarme y se esforzaba por no hacerme daño, deslizaba el cepillo muy despacito y a continuación, Su mano a lo largo del pelo.

Pero yo permanecía con los ojos cerrados, apretados para no mirar por ninguna rajita.

Fui cumpliendo años y, por lo tanto, fue creciendo mi cuerpo e iba madurando, pero al mismo tiempo, iba creciendo mi odio irracional hacia los espejos. Sin ellos yo era feliz, me creía todo lo que me decían:

_ “Mi niña, ¡qué guapa eres!”

_ “¡Qué ojos más bonitos tienes!”

_ “Ese pantalón te hace más delgada”...

Pero los ojos eran sinceros conmigo y nunca sentí que fuera yo esa que aparecía al fondo de ese extraño cristal. La que se veía allí tenía la cara completamente redonda, blanda y sin forma, los ojos muy pequeños porque los pómulos eran demasiado gordos y parecían enterrados.

¡Y los pantalones! Los pantalones no me hacían más delgada, sólo me apretaban las piernas fofas y toda la carne sobrante se me salía por la cinturilla.

No tenía tiempo de hacer deporte, no encontraba un rato entre tantos deberes y actividades extraescolares.

Todo el mundo me felicitaba y estaban orgullosos de mis notas y eso me hacía feliz, tanto que los perdonaba por “las pequeñas mentiras” que me decían sobre mi aspecto. ¡Era qué me querían tanto...!

Cuando se acercaba mi quince cumpleaños, me dieron ganas de hacer una fiesta e invitar a mis amigos. Mi madre lo vio muy bien, así que preparé las invitaciones.

Cuando las iba entregando, uno a uno me ponían una excusa, de modo que ninguno de los once compañeros a los que había invitado pudo venir a mi fiesta. Una de mis amigas me dijo:

_ Es normal Ángela. ¡Eres tan rara!...

Entonces me encerré con mi espejo y llegué a la conclusión que había que mejorar el aspecto de esa que me miraba con los ojos tristes y llorosos. Primero deje de desayunar porque me llevaba un bocadillo al instituto. Y me vi mejor. Después dejé de tomar leche por la tarde, tomaba té rojo para poder eliminar grasas con la orina. Busqué en internet y encontré unas pastillas que absorbían y eliminaban las grasas, me compré una cinta de andar en la que pasaba horas sudando y quemando grasas. Y cada vez estaba mejor. Cada vez la gente me miraba con más admiración. Un día mi madre me dijo:

_ ¡Madre mía Ángela! ¡Qué tipo! Si pareces una modelo...

Yo era feliz.

Pero mi espejo era mi juez y delante de él salían los michelines alrededor de la cintura, la papada no menguaba, los tobillos eran anchos como columnas dóricas...

En los chats había chicas tan desesperadas como yo y algunas daban soluciones: beber cinco litros de agua, comer en platos pequeños, fumar, masticar muy despacio...

Yo lo hacía todo, pero el espejo me decía que seguía siendo fofa y rechoncha. Un día me atreví.

Fui al cuarto de baño después de comer y me metí los dedos hasta la campanilla. Me costó trabajo pero vomité. Los días siguientes fue más fácil.

¡Era maravilloso! Podía comer más porque lo echaba todo...

Pero el espejo decía “¡eres la mujer más gorda, fofa y rechoncha que he visto!”

Yo no tengo la culpa de estar hoy como estoy. Apenas me puedo mover porque me duele todo y estoy en este centro: sin familia, sin amigos... sin futuro.

¡La culpa la tiene mi espejo! Por eso me voy a esforzar en salir de aquí, haré todo lo que me digan, porque un día, con veinte kilos más de los que tengo ahora, llegaré a casa, abrazaré a mi madre y romperé en mil pedazos el malvado espejo.

A partir de entonces solo tendré aprecio por las personas que me quieran y me respeten como soy (con virtudes y defectos) si me equivoco, si gano, si pierdo, si estoy enferma o si hago algo muy bien.

Porque lo que yo soy no se ve en el espejo.

años

IRENE BARRERO DOMÍNGUEZ, 15

HUELVA
PRIMER PREMIO G, B,